



HUMEDAD Y OTROS PROBLEMAS

Juan Carlos Sánchez Marín

© Juan Carlos Sánchez Marín
Febrero de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

Humedad y otros problemas

Edad: 10 años. Hacer de monaguillo era muy pesado, realmente pesado.

El padre Damián me citaba todos los domingos (semejante suplicio duró unos tres años) a las ocho de la mañana para preparar la misa mientras mis amigos, iban al hermoso campo de fútbol municipal a dar unas cuantas pataditas al balón.

Después de barrer un poco el pasillo que llevaba al altar (“ha de estar brillante” decía el cura), colocar el mantel con el horrible escudo de la diócesis sobre la mesa y depositar varias bandejas llenitas del “cuerpo de Cristo” para la comunión de los fieles, abría los enormes portones de la iglesia del barrio. Ya había gente fuera. Parecían las rebajas de los grandes almacenes. Beatos y beatas entraban con cara remilgada como si hubieran cometido algún crimen. No entendía nada.

Hacia las diez comenzaba el espectáculo. El cura solía ser relativamente puntual. La misa dominical duraba unas dos horas, a veces más, durante las cuales el padre Damián se explayaba a sus anchas. Siempre había tenido la sensación de que se aguantaba durante toda la semana para el domingo desahogarse a gusto y decir todo lo que no había dicho. Algo así como si hicieras régimen de Lunes a Sábado y el Domingo te zamparas un festín. De todas maneras, esta teoría nunca la pude comprobar porque solo le veía los domingos y fiestas de guardar. Años después corrió el rumor de que estaba metido en asuntos sucios durante la semana pero de la rumorología popular nunca hay que fiarse.

El padre Damián tenía un cierto parecido con Alfredo Landa. La verdad es que se parecía muchísimo pero quizá el religioso era más alto que el actor.

Tenía una voz grave que llegaba a todos los rincones de la iglesia y era escuchado con mucha atención por todos los vecinos. Yo, como ya he comentado, nunca entendía nada de lo que decía. Creo que, por mucha atención que prestara, no podía comprender sus palabras. Supongo que eran sermones difíciles de entender para un niño de mi edad.

A mí, lo que realmente me preocupaba, era la atenta mirada de mi padre (que siempre se colocaba con Mamá y con el Sr. Ramiro y su esposa, en primera fila) porque luego analizaba al milímetro mi “actuación” dominical y si veía algún error me hacía entender en casa que no debía volver a producirse. Me lo hacía entender a su manera, claro. Le preocupaba quedar bien con el vecindario, supongo.

Mi máxima preocupación era hacerlo bien. Pero, claro, nunca lo hacía bien, nunca del todo. Era imposible, siempre cometía algún fallo para mi padre.

Un domingo, mientras desde la parte de atrás del escenario escuchaba al padre Damián expulsar uno de sus sermones, me di cuenta que me estaba meando. Era una época en que tenía, por la edad, problemas de control. A menudo me hacía pis en la cama y mi padre por las mañanas, al darse cuenta, me hacía lavar las sábanas a mano antes de ir al colegio. Luego me “calentaba” a base de bien. Recuerdo que yo no dejaba de llorar durante todo el proceso. Sigo pensando que no era la mejor manera de evitar mis descuidos.

Pues eso, me estaba meando en misa. Seguramente aquella noche aguanté inconscientemente para no tener sorpresas por la mañana y tenía la vejiga infladísima. Debía entrar en escena cuando el padre Damián acabara su plegaria de la mañana y parecía que le quedaban pocos minutos para hacerlo.

Me encontraba en la parte de atrás esperando entrar con la copa en una mano, la bandeja de hostias en la otra y las piernas cruzadas. El discurso del padre Damián se me hacía interminable y recuerdo que apretaba con tanta fuerza para evitar la catástrofe que comencé a sudar como un pollo.

Unos momentos de angustia después y con la frente totalmente sudada, el padre Damián me hizo el gesto para que pasara a su lado. Descrucé las piernas y empecé a avanzar lenta y temerosamente mientras los fieles se acercaban hacia nosotros para comulgar. La cola de gente aquel día se me hizo interminable. Sentía en mi interior una profunda necesidad de desahogarme pero no era el lugar adecuado para hacerlo.

Mi madre recogió en su boca la galleta de manos del cura mientras, como siempre, me guiñaba el ojo y me sonreía. El turno era de mi padre. En aquel momento mi cuerpo se alió contra mí. Continué apretando pero fue del todo inútil. Mientras mi padre (ilustre vecino) abría la boca y recogía el alimento expulsé todo el líquido fuera de mí. Me sentí mojado por momentos y una enorme mancha creció en mi uniforme dominical. Creó que cuando comenzó a gotear fue cuando noté que era el centro de atención. El padre miraba, el Sr. Ramiro miraba, su esposa miraba, mi madre miraba, la vecina del cuarto miraba, Julián miraba, mi padre miraba. Todos dirigían su mirada hacia mi entrepierna. Yo no me atrevía a bajar el cuello para mirar. Mantuve la cabeza al frente, el cuello estirado y los ojos sin parpadear. Algunas personas comenzaron a sonreír; las sonrisas se convirtieron en comentarios jocosos y los comentarios jocosos en carcajadas. Entonces lloré con todas mis fuerzas.

El padre Damián me cogió de la mano y me retiró de allí. Me animó y me ayudó a cambiarme de ropa. Él no sabía que podía significar lo que había pasado para mi integridad física. Yo sí era consciente. A mí el ridículo me importaba un huevo; lo que me preocupaba era la bronca que recibiría.

Una vez concluida la misa, no había otro comentario en el barrio que el de mi meada inoportuna.

Llegué a casa acompañado del padre Damián. Abrió mi madre. Entré y desde el interior, ambos despedimos al religioso. Recuerdo que cuando vi a mi padre aparecer desde el comedor me temblaron las piernas. Me hizo un recibimiento completo. Me gritó (“Qué ridículo me has hecho pasar”- decía), me pegó (“plas”-sonaba) y como broche final a otra actuación de padre ejemplar, me castigó (“No saldrás esta tarde con Julián”). Mi madre, inmóvil, se limitó a presenciar la escena con un semblante entre angustiado y temeroso.

Desde ese día, empecé a tener fuertes dolores de barriga porque decidí que la mejor manera de evitarme disgustos era no mear nunca. Ni de noche ni de día. De hecho, mi padre decía que “el cuerpo se acostumbra a todo”. Pensé que si me aguantaba siempre, el cuerpo se acostumbraría a no mear.

Una semana después me tuvieron que llevar de urgencias al acumular demasiado líquido.